

Caupolicán Montaldo

Mensaje al hijo ⁽¹⁾



ANDA,

hijo,

mira, bebe, llénate de paisaje.

Es su lumbre chilena la que canta

para que cantes,

es su rumor ardiendo en las espigas,

en la leche, en el pámpano, en la sangre,

para que entiendas el poema

infatigable

de la tierra, del agua,

del aire,

entre la orquestación de las mareas

y la montaña insuperable.

(1) El poeta Caupolicán Montaldo acaba de triunfar en el concurso de la Sociedad de Escritores, obteniendo el premio de poesía 1952, con su bella obra «Provincia».

Aquí está el camino
donde los guerrilleros estructuraron el romance
más bravío y rotundo del siglo diecinueve:
por la palabra Chile
se desangran las flores,
florecen los puñales,
y ante el rostro más lindo que se asoma al camino
Manuel Rodríguez cierra los ojos un instante.

(Por la palabra Chile,
ligera como un trino, como un suspiro, fácil,
ruda como la muerte
reventando en heroicas aventuras,
apretando sus breves sílabas inmortales
en los labios, los pechos y los ojos
ennoblecidos de ideal. No cabe
símbolo más resuelto,
ni más ágil).

Hijo, hijo mío,
sobre estos campos ásperos vinieron
las manos incansables
del hombre que volcaba su puñado de trigo,
su siembra de esperanzas, su armonioso coraje.
Esta lucha
bendita de dolores, albas y tempestades,
también tiene sus héroes, su alarido y su música;
su generoso canto, su silencio inefable.

Ven para que te sientas,
ven para que te mires ante la llamarada,
la creación, el tiempo y el oleaje,
ven para que oigas como rompe
la ebriedad vigorosa de los árboles.

Ven para que tus manos
hablen
al nácar de las cumbres, a la pampa ceñuda,
al signo de los manantiales,
a las yerbas violentas
de la raíz amarga y saludable,
a los centauros criollos de mantas domingueras,
al poleo y al ulmo,
la lágrima y el baile.

Acércate, hijo,
con lo más recio de las tradiciones
sube la euritmia de un futuro grande.
Suyo es el horizonte y la promesa,
la cicatriz de estrellas y brocales,
el éxtasis oscuro del venero,
el dios terrible del dolor errante,
los girasoles y el caliche,
la tonada,
y el símbolo,
y la sangre.

Yo soy el alfarero apasionado
en cuyas manos dolorosas caben

la arcilla roja, el río azul y lírico
y el mar de Chile con sus blancas sales.

Hijo,

he aquí su imagen.

Amalo con tus fuerzas que son puras
y vastas porque empiezas a caminar. Y márchate
con ellas en el nombre del espíritu,
repitiendo sus breves sílabas desbordantes.

Sus dos sílabas—Chile—vuelo y trino ligero,
ronda de mil ensueños,
lema de cien combates.

Grábalo, éntralo en tu corazón,
que sea tu rosal y tu baluarte,
tu cántaro lleno de frescor, tu lumbré
entre las sombras y las tempestades,
grito vital para iniciar la marcha
en la subida,
en la emoción,
o el abordaje.